

## *Cresta del Perdiguero (3.222m). Siete tres miles y un vivac.*

Son las 13.30h del sábado 15 de julio de 2017. 13 valientes comen en un restaurante de Benasque comentando la travesía que van a hacer en las siguientes treinta horas. Capitaneados por Carlos Blanchard, los otros doce son diez aguerridos españoles y dos amigos que han venido de la Galia ex profeso para esta expedición.

La comida se hace rápido, y tras el trasiego de coches, estamos ya todos en la entrada del valle de Remuñe, desconocido para la mayoría, que nos sorprende en su inicio con un agradable bosque que nos aporta algo de sombra en estas primeras horas de la tarde. El ambiente del grupo es magnífico, todos con muchas ganas y sobrados de confianza en nosotros mismos. Subimos agrupados, hablando entre nosotros y conociendo poco a poco a Jean y Jan, padre e hijo con nombre parecido. Jan suele ir delante siguiendo las pautas, pocas, que Carlos le da.

Llevamos andando una hora y Carlos nos señala el Portal de Remuñe, un amplio collado que da acceso a la cubeta del Ibón Blanco de Remuñe, junto al cual pasaremos la noche. Parece muy lejano desde luego.

El bosque desaparece, y en su lugar una roca con buen agarre nos permite ganar altura con velocidad. El grupo como es normal se va estirando y reagrupando sin perder nunca el contacto visual. Cuando estamos cerca del collado aparecen las primeras nieves, que están perfectas para caminar sobre ellas sin crampones, de hecho vamos siguiendo la forma de los neveros para avanzar más rápido hasta que alcanzamos el Portal de Remuñe a 2.825m de altitud. Carlos nos dice infinidad de nombres de cumbres y cómo ha subido a las mismas, entre los que destaca por su cercanía el Pic de Maupas con su cresta, Alejandro nos comenta que subió al vecino Pico Boum, M<sup>a</sup> Jesús asiente conoedora de todo, y Javier hace algún apunte. Estos cuatro doctores del pirineísmo van poniendo nombres y apellidos a cada accidente del terreno.

Ya hemos pasado el collado y seguimos nuestra marcha a media ladera hacia el lugar donde vamos a vivaquear. Algún hito de vez en cuando nos orienta ligeramente, pero avanzamos sin sendero hacia algún lugar no identificado que el Jefe conoce, creo que ninguno salvo él sabe hacia dónde dirigimos nuestros pasos. Nos comenta: por aquí deberíamos dormir, y una persona grita: *jahí hay un vivac!* En efecto, el círculo de piedras, de medio metro de altura, y abierto por el lado más próximo a nosotros será nuestro hogar durante las siguientes nueve horas.

El *vivaco* está muy bien. Las piedras quitan el suave viento casi del todo, el suelo es de piedra muy fina, y en el mismo caben unas siete u ocho personas máximo. Nosotros somos trece. Los dos amigos franceses se alojan motu proprio extramuros, sobre un suelo menos cómodo, pero que a ellos les parece suficientemente cómodo. Ver a Jean padre con su camisa de franela, su capa impermeable, y sus pantalones cortos, a las nueve de la noche, con un bris que hiela el cutis, sentado y comiendo tranquilamente, y a su hijo con su enorme sonrisa sin inmutarse pase lo que pase nos hace tener la certeza que son dos tipos duros.

La compañía es inmejorable, el ambiente de bromas, la caída del sol preciosa. Sara y Mikel nos cuentan su rescate en Telera, resulta estremecedor, en particular la avalancha de piedras sobre Sara. Todos nos alegramos mucho de teneros aquí con nosotros, chicos. Cual partida de tetrís nos conseguimos acomodar once personas en un espacio para ocho, si te mueves le das al de al lado, si se mueven te empujan. Sabes que dormirás poco y mal, pero eres el tipo más feliz del mundo. La noche es fresca, menos de lo que se esperaba, pero el vivac cumple sobradamente con su función protectora del viento. El cielo está despejado, las estrellas fugaces abundan, y cuando sale la luna, la oscuridad da paso a los grises a nuestro alrededor.

Dos componentes de nuestro equipo han decidido retarse entre ellos, y parecen pugnar por ver quien ronca más fuerte. Uno de ellos, no diré nombres, alcanza unas frecuencias y decibelios que harían que un oso kodiak con sinusitis pareciese un castrati. Según nos comentará por la mañana el conserje Juanra, a eso de la medianoche se acercaron tres figuras antropomórficas a nuestro vivac y se alejaron rápidamente. Yo personalmente creo que las gominolas del Decathlon más el ácido láctico endógeno, más el poco oxígeno y la adrenalina han sido metabolizados a algún tipo aún desconocido de alucinógeno, pues sólo él los vio, sólo él los escuchó, y sólo él subió a su nave azul.

Son las seis de la mañana, el sol ilumina la cresta del Perdiguero, la vista es espectacular, de postal. Alguien va a orinar, otros hablan con él. Al final resulta que sólo M<sup>a</sup> Jesús y Carlos dormían, acostumbrados como están a este medio tan hostil. Los demás apenas hemos pegado ojo. Los dos roncadores intentan despistarnos y, usando la misma táctica con la que Gila atrapó a Jack el Destripador, intentan convencernos a nosotros de que ellos no han sido los que han roncado: con indirectas. *Yo no he pegado ojo, sólo dormí la primera hora, no he dormido ni media hora...* Da lo mismo, casi todos hemos dormido muy poco pero somos felices en nuestro dolor.

Desayuno frugal, y mucho antes de lo pensado ya estamos andando. La nieve está dura, muy dura. Hemos dormido a unos 2.800m según el GPS de Mikel, y nos dirigimos al Collado Inferior de Literola a 2.964m de altitud. Progresamos por la nieve que encontramos cada vez más dura. Sólo M<sup>a</sup> Jesús lleva crampones, se los calza y accede al collado con facilidad. Nos informa de que la nieve está muy dura y hay hielo en algunos puntos. Como el nevero es muy largo y un resbalón sería realmente peligroso, Carlos decide que accederemos al collado por la zona rocosa de su izquierda. Desde abajo parece evidente, pero una vez metidos en harina el tema se complica pues la rimaya es resbaladiza, la roca no ofrece una vía clara y somos mucha gente. En un momento dado, estamos doce puntos de colores desperdigados por una pared. Pero con sentido común, las indicaciones de Jean y la señalización de Juan J, que ha encontrado la ruta más lógica, todos llegamos al collado sin novedad. Hay adrenalina, sonrisas, bromas y ganas de seguir.

Carlos vuelve a tomar el mando. Durante toda la ruta el grupo goza de una cohesión que pocas veces se ve: en los lugares más complicados o donde existe la posibilidad de equivocarse, sin mediar palabra Carlos aparece en cabeza y toma el mando. En el resto de la travesía, el grupo se alarga, se encoge, alguien da una instrucción, Carlos da una voz, y todos como uno seguimos la misma ruta.

Empezamos la ascensión a la Aguja de Literola, que con sus 3.028m será el primer tresmil del día. Tiene un colladito anterior a la cima principal. Al norte de ese colladito existe un promontorio, una ondulación del terreno, una especie de túmulo diminuto al que cuatro de nuestro grupo se encaraman como sarríos mientras reclaman voz en grito para ellos lo que creen que es el primer pico de más de tres mil metros del día. Nos jalean como a perros, nos retan, nos sonrían con aire de superioridad... hasta que llega Mikel, consulta su GPS y nos confirma que tiene menos de 3.000m y que está fuera de ruta. Su frenesí desaparece y bajan cabizbajos murmurando desvaríos sobre el nombre que le van a dar a las cuatro piedras sobre las que han estado.

La subida a la Aguja es exigente e inclinada: hay que escoger bien la ruta, cambiar de cara, usar mucho las manos, empujar fuerte con las piernas, asegurar cada apoyo, y todo eso con una mochila de entre diez y doce kilos a la espalda. Pero es muy temprano, y muy juntitos llegamos a la cima. Alegría, fiesta y fotos. La vista es magnífica, la luz perfecta, no estamos cansados y abundan los abrazos y las palmadas.

Traguito, algo de comida y al tajo. La ascensión a la Punta Literola (3.133m) es bastante sencilla. La cresta es ancha, la roca agarra y las piedras no se mueven, así que progresamos rápidamente hacia el Sur en ligero ascenso comentando la espectacular vista. Ya en la cima del segundo tres mil, podemos ver el Vignemale, el macizo de Monte Perdido y cientos de montañas más de las que algunos no habíamos oído ni hablar.

Continuamos nuestra ruta hacia el cómodo y chato Pico Royo (3.121m). Es una cima amplia, rojiza, de piedra desmenuzada en el que nos volvemos a parar, a comer, a beber y a charrar un rato. Por detrás de Sara y Mikel aparece un señor en calzoncillos que al poco desaparece, pero ellos guardan un documento gráfico de esta inquietante y surrealista aparición. Doy fe.

La Tuca de Literola (3.095) se alcanza sin apenas darse uno cuenta. Pasamos por ella sin celebraciones, ya con la mente puesta en la ascensión a la cima principal del día. Hemos podido observar que hay unos franceses que han llegado al Collado Inferior de Literola desde Francia, se han pasado al lado español, y han ido avanzando unos cincuenta o cien metros por debajo de nosotros a media ladera a lo largo de toda la longitud de la cresta. Su ruta se une a la nuestra justo aquí: en el collado entre la Tuca de Literola y el Perdiguero, que se llama Collado Superior de Literola (3.032m).

El tramo que nos separa de la cima es durillo. Carlos encabeza la subida. Los bloques de piedra han aumentado de tamaño, y la vía es inclinada, teniendo que hacer uso intensivo de las manos y los impulsos. Estamos alrededor de las once de la mañana, hay un ligero viento que agradecemos, y ya oímos gente a lo lejos. Esas voces se van haciendo más fuertes, y repentinamente uno se encuentra en la cima del Perdiguero (3.222m), nuestro quinto tres mil de la jornada. No hay antecimas ni falsas cimas, sólo un casquete somital muy amplio. Cuando llegamos ya hay algún grupo además del nuestro en la cima, nos saludamos y procedemos a felicitarnos, fotografiarnos y alojarnos en un lugar cómodo de la misma.

Sin perder mucho tiempo, algunos deciden coronar el Hito Oeste del Perdiguero (3.176m), sexto tres mil del día. Los que se quedan aprovechan para dormir, relajarse, comer, cambiarse y disfrutar. El Hito Oeste es un promontorio con muy buenas vistas, aunque no aporta mucho sobre la cima principal. Desde ésta se contempla también el Valle de Estós, el Circo de Cregüeña, el Posets, Vignemale, Perdido, Aneto y cien picos más. Cuando nos juntamos de nuevo, comemos algo más, recuperamos fuerzas, y como el Jefe adopta posición de siesta, todos aprovechamos para descansar y algunos para polemizar sobre la tauromaquia, cosas de la falta de oxígeno. Estamos en la cima una media hora más sin preocupaciones, pues cada vez que alguien pregunta a Carlos *¿qué tal vamos?*, él siempre responde: *vamos bien*, y con eso nos basta. Durante los dos días, sus predicciones se cumplieron al cien por cien; aun cuando tuvo que improvisar rutas por zonas que no conocía, fue un guía excepcional, buen conocedor del entorno por el que nos guiaba buscando siempre el interés del grupo.

Ha llegado la hora de bajar, sabemos que nos toca lo más penoso del día: pasar como almas en pena por el Hito Este y sus 3.171m de altura y acometer la tarea de bajar por la ladera de bloques hasta el Ibón Blanco de Literola donde en principio comeremos y beberemos. La bajada es dura y sacrificada, es un trámite que hemos de hacer y así nos lo tomamos. Los Jean Jan van en cabeza, luego varios grupos les seguimos a bastante distancia unos de otros. De repente una voz grita *¡A lo verde!* Ese alarido que alguien ha soltado quiere decir: Señores, el ibón tiene el desagüe superior atascado y desagua por abajo, por lo que no tendremos agua para beber, así que nos juntaremos en ese pradete verde que tenemos ahí enfrente para bajar juntos al ibón inferior. Resulta curioso como esas tres palabras que ahora no recuerdo quien dijo pueden contener tanta información y además de una manera tan inequívoca. Nadie responde al grito y todos giramos nuestros pasos hacia el prado verde. Cosas de llevar 24h esforzándonos juntos, será que formamos eso que llaman equipo.

Una vez en *lo verde*, Carlos nos indica que hemos de buscar una ruta para bajar, pues su intención inicial era coger agua en *lo verde* y, digamos, bajar por arriba, pero por arriba no hay agua. Así que hemos de cambiar de planes y bajar por abajo para de este modo coger agua abajo. Pero ¿cómo llegamos abajo? Muy fácil: sentido común, conocimiento del medio, unas preguntas y prudencia. De este modo tan natural, el Jefe nos deposita en lugares de verdes pastos en los que nos hace descansar, nos conduce junto a aguas de reposo, y así cómodamente podemos restaurar nuestra alma. También restauramos nuestro gaznate pues el agua está helada, y envenenada con sales del Mercadona o no, sabe a gloria. Nuestros machacados petetes gozan también del frío líquido, y nuestra piel se refresca. Una delicia.

El resto de la bajada es mucho más cómodo. Mikel y Sara, haciendo un alarde de fuerza física bajan al trote, con duras botas de montaña y pesadas mochilas a sus espaldas. M<sup>a</sup> Jesús, ironwoman, se va con ellos. Los demás vamos formando pequeños grupos que mantienen un lejano contacto visual y bajan cada uno a su ritmo.

Llegamos a los coches y nos despedimos de Ángel y nuestros nuevos amigos Jean et Jan, padre e hijo. Magnífica compañía la de estos montañeros clásicos, que han demostrado fuerza, habilidad, resistencia y lo más importante: camaradería y amabilidad.

Los demás nos tomamos un refresco en Benasque, hablamos poco y nos despedimos. Han sido casi treinta horas de pequeñas aventuras juntos que no olvidaremos. Treinta horas de bromas, chanzas, apoyo y buen rollo. Carlos nos ha guiado con un estilo que no es autoritario porque no lo necesita, pues todos lo admiramos y sabemos que no hay decisión tomada a la ligera ni de manera parcial. Los demás ya nos conocemos: tipos normales, algo románticos, que salimos a la montaña a disfrutarla junto con otras personas que aman y entienden el montañismo como nosotros.